

LA REGIÓN GEOHISTÓRICA DEL CARIBE

TIERRA FIRME Y CARTAGENA DE INDIAS
A COMIENZOS DEL SIGLO XVI

ANTONINO VIDAL
*Universidad del Norte, Barranquilla, Colombia**

Abstract

From the first years of the conquest onwards, the Caribbean had its own identity as a region and was the place where the Iberian peoples organized their first settlement forms in the New World. This led to a series of relationships that were necessarily obliged to build on the settlement patterns of the indigenous Caribbean peoples, who were, in turn, active agents in the events of this period. The thirst for gold and pearls, the slave trade and the beginnings of a private economy of conquest completed the conformation of a very particular model for the early sixteenth century. This paper analyses the role of the port of Cartagena in the formation of this model.

Key words: Arawaks, Caribs, winds, currents, *factorías*, port.

Resumen

Desde los primeros años de la conquista, el Caribe tuvo una entidad propia como región y fue el lugar donde los pueblos ibéricos organizaron su primera forma de vida en el Nuevo Mundo. Ello conllevó una serie de relaciones que necesariamente tuvieron que sustentarse sobre los patrones de asentamientos de los pueblos indígenas caribeños que fueron a su vez agentes activos en el desarrollo de los acontecimientos de este periodo. La sed de oro, las perlas, el comercio de esclavos y el surgimiento de una economía privada de conquista hicieron el resto dando como resultado el conocimiento y la conformación particular de comienzos del siglo XVI. Se analiza particularmente el papel del puerto de Cartagena.

Palabras clave: Arahucos, caribes, vientos, corrientes, *factorías*, puerto.

* Km 5 vía Puerto Colombia, Barranquilla, Colombia.

THE GEOHISTORICAL REGION OF THE CARIBBEAN

MAINLAND AND CARTAGENA DE INDIAS
AT THE BEGINNING OF THE XVI CENTURY

ANTONINO VIDAL
Universidad del Norte, Barranquilla, Colombia

Résumé

Dès les premières années de la Conquête, la Caraïbe constitua une entité singulière, en tant que région, où les envahisseurs ibériques organisèrent leur premier "mode de vie" dans le Nouveau Monde. Il en résulta toute une série de relations, nécessairement soutenues par les divers types d'implantations locales des populations indigènes, elles aussi agents actifs dans les événements de cette période. S'y ajoutèrent la soif de l'or, des perles, le commerce des esclaves, et l'apparition d'une économie privée, conséquence de la conquête, qui conduisirent à une meilleure connaissance de cette région, et à la conformation particulière qu'elle prit au début du XVI^e siècle. On analyse ici le rôle du port de Carthagène.
Mots-clefs: Arawak, Caraïbes, vents, courants, fabriques, port.

Samenvatting

Vanaf het begin van de verovering vormde het Caraïbisch gebied een regionale entiteit, waar de iberische volkeren hun eerste levensstijl in de Nieuwe Wereld georganiseerd hadden. Het kon niet anders dan dat deze stijl gebaseerd was op de levensvormen van de Caraïbische indiaanse gemeenschappen, die actieve subjecten waren binnen het historisch proces van deze periode. Andere belangrijke factoren die hadden bijgedragen tot de totstandkoming van de maatschappij van het begin van de zestiende eeuw waren de honger naar goud en juwelen, de slavenhandel en het ontstaan van een private economie. Met name wordt de rol van de haven van Cartagena geanalyseerd.

Kernwoorden: Arawakken, Kariben, wind, stroming, burcht, haven.

Primero estaba el mar. Todo estaba oscuro. No había sol, ni luna, ni gente, ni animales, ni plantas. El mar estaba en todas partes. El mar era la madre. Ella era pensamiento y memoria.

Mitología Kogi

EL MEDIO NATURAL

A escala regional, un elemento geográfico significativo para la comprensión del poblamiento prehistórico del norte de Sudamérica, las Antillas y Centroamérica, fue el carácter de mar interior que tuvo el Caribe para los pueblos indígenas que habitaban las costas ribereñas y, sobre todo, el papel primordial que jugó como centro de su mundo, hecho que dio lugar a la configuración de una región geohistórica donde fue especialmente destacado el papel que representaron vientos y corrientes marítimas en el desplazamiento humano, incluso a grandes distancias. El arribo de los grupos indígenas en sus canoas y piraguas de isla en isla y litoral continental, en los espacios marítimos interiores que conforman el mar Caribe en una extensión de más de dos millones de kilómetros cuadrados, fue posible por la configuración del parabólico arco antillano y las cortas distancias que separan a las islas entre sí y del continente, además de la acción constante de los vientos y las corrientes marítimas, que constituían, al permitir desplazamientos con relativa velocidad, verdaderos caminos de mar (Cunnill, 1999; Veloz, 1999; Sanoja, 1995-1997).

Durante los últimos años hemos realizado una investigación acerca de las relaciones de Cartagena de Indias con la región histórica del Caribe, algo que los estudiosos dedicados a la historia de aquel país habían obviado. En los años noventa un grupo de estudiosos costeños, encabezados por Alfonso Múnera, plantearon preguntas desde la perspectiva regional, y miraron la historia de la costa colombiana de la región del Caribe (Múnera, 1998; Bell Lemus, 1991) desde el mar y no desde el mundo andino, donde se creó la historia de Colombia, obteniendo resultados parciales y forzados a la necesidad de la construcción del proyecto político de

la nación colombiana. Aprovechamos la actualidad de la discusión y nuestro trabajo de investigación sobre el siglo XVII para trasladar esta mirada a los primeros tiempos de la Colonia y hacer algunas reflexiones al respecto, teniendo en cuenta los avances conseguidos por los arqueólogos en la década de los noventa, en la interpretación de los poblamientos prehispánicos de la región. Observamos que desde los primeros años de la Conquista, el Caribe fue una entidad propia como región: el lugar donde los pueblos ibéricos organizaron su primera forma de vida en el Nuevo Mundo. Esto conllevó una serie de relaciones que necesariamente tuvieron que sustentarse sobre los patrones de asentamientos de los pueblos indígenas caribeños que, a su vez, fueron agentes activos en los acontecimientos de este periodo. Por otro lado, el presente trabajo no deja de ser una reflexión desde la historia y, sobre todo, desde la posibilidad que nos ha brindado un trabajo de investigación más amplio sobre la ciudad puerto de Cartagena de Indias en la primera mitad del siglo XVII (Vidal, 2002), lo que nos permitió recopilar datos e información y consultar autores. En ningún momento pretendemos con estas reflexiones invadir el campo de los especialistas en antropología e historia prehispánica, sólo queremos pensar sobre la región: sobre ese mar cerrado, lugar de tantos encuentros; sobre ese laboratorio humano de híbridos y mezclas.

El Caribe y las Antillas constituyen, arqueológica e históricamente, un vasto espacio que incluye desde las costas del oriente atlántico de Sudamérica hasta lo que hoy es Belice y la península de Yucatán, así como el arco de islas que, partiendo de la costa oriental de la actual Venezuela, se extiende casi hasta el sur de la Florida. En este enorme espacio de la vida humana prehispánica se desarrollaron, de variadas maneras, sociedades muy ligadas al mar, que evolucionaron hasta alcanzar el manejo de las corrientes marinas y el medio ambiente rico en fauna (Veloz, 1999; Watt, 1992).¹

¹ Parece demostrado que el tránsito de los primeros grupos preagrícolas hacia las Antillas ocurrió cerca del año 4000 a. C. Estas migraciones se produjeron tanto desde Centroamérica como desde la costa oriental venezolana.

La zona es una región natural de límites algo imprecisos pero con características comunes: es la faja de tierra continental que rodea un mar *cerrado*. La parte oriental está cortada al océano abierto por las Pequeñas Antillas, Barbados, Dominica, Granada, etcétera, y al norte por las Grandes Antillas; es la región de clima tropical situada al norte del ecuador, barrida por los vientos alisios nororientales (portadores de energía advectiva y humedad del Atlántico), que soplan todo el año y son de los más constantes y ricos en energía de la Tierra (Watt, 1992), mismos que fueron los responsables directos de la llegada de los pueblos ibéricos primero y el resto de los europeos posteriormente (Chaunu, 1973; Céspedes, 1972; Parry, 1989). Estos vientos soplan del Atlántico hacia el oeste, cruzando las islas a lo largo de las costas de Tierra Firme, empujando las aguas del mar Caribe contra los litorales de América Central.

Fue dentro de la corriente de los vientos alisios donde los españoles encontraron su primera experiencia de vida en los trópicos americanos; un clima cálido y húmedo que les permitió una rápida adaptación, pues las temperaturas extremas son reguladas por la circulación de masas de aire, donde la variación térmica anual es muy pequeña entre los meses más cálidos y los más fríos (Watt, 1992); el cambio estacional se reduce a la sucesión de una estación seca y otra lluviosa. Es en el verano cuando llueve, aunque los españoles lo llamaron invierno, en referencia a la temporada de lluvias de su país, que se presenta en esa época del año (Cunnill, 1999).²

En un intento por construir los límites naturales de la región comenzaremos por describirla: en el extremo oriental de Tierra Firme está la península de Paria, tierra de exuberante selva tropical, que en dirección al oeste, en poco más de cien kilómetros, se convierte en la árida y semidesértica península de Araya, tierra de las famosas y deseadas salinas. En dirección oeste, las lluvias escasean durante más de mil quinientos kilómetros, y tanto

² El intento implícito de los conquistadores por recuperar o reconstruir la zonalidad perdida les llevó a trastocar la realidad estacional tropical americana por las imágenes de sus zonas originarias; fue entonces que las temporadas de lluvias y sequías en el Caribe obtuvieron esas apelaciones.

las tierras como las islas que se proyectan junto al mar comprenden una de las áreas más áspersas, y en ocasiones inhóspitas, de la región —la península de Guajira.

Desde Cartagena hasta más allá del golfo del Darién hay un aumento de la pluviosidad, tanto en intensidad como en duración. En la cuenca del río Atrato, el Istmo de Panamá y partes de Centroamérica, se encuentra una de las regiones más lluviosas de los trópicos, ocupada por extensas selvas pluviales, manglares y un sinfín de terrenos pantanosos.

En cuanto a las islas de la región, reciben los vientos alisios de manera transversal y su modelo geográfico de época de lluvias es bastante complejo, debido a que se ven afectadas en función del relieve y la exposición solar. La mayor parte de las estaciones lluviosas son moderadas. En definitiva, podemos decir que la historia natural de las islas (aves, reptiles, flora, grupos humanos) es básicamente una extensión reducida de la vecina Sudamérica; son un corredor abierto a la dispersión orgánica por el sur, pero casi bloqueado al norte por el estrecho de la Florida (Sauer, 1984).

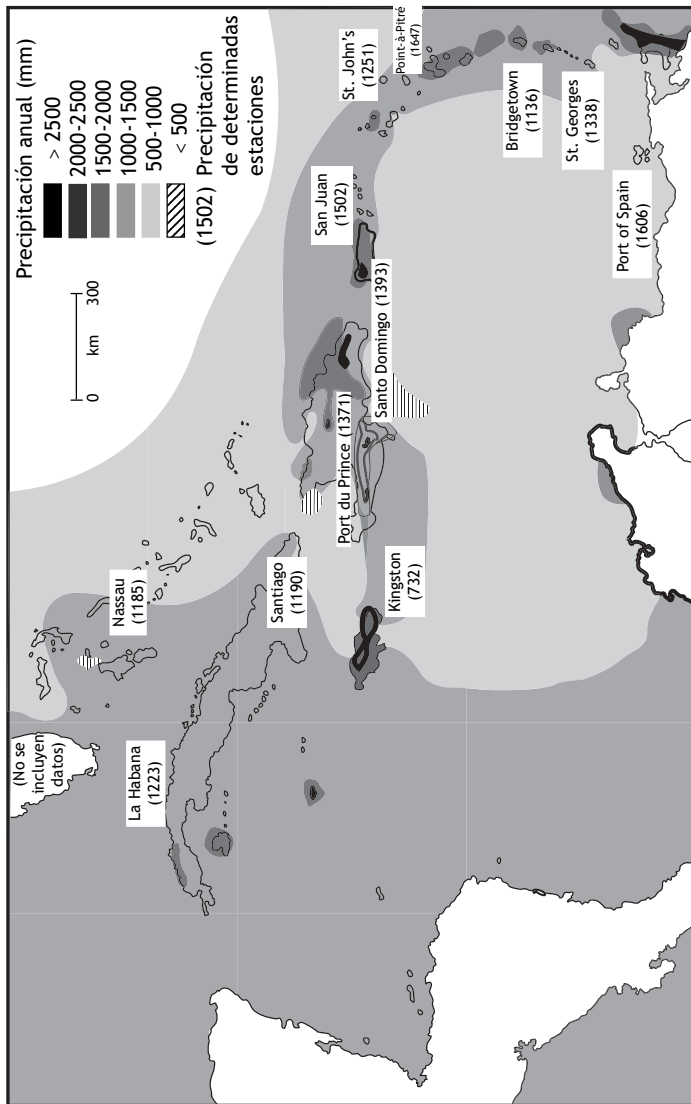
LA OCUPACIÓN HUMANA DE LA REGIÓN

Región geohistórica, tal como la entendemos, se refiere a una comunidad de usos que de una misma región geográfica hacen diversos grupos territoriales diferenciados, los cuales a su vez están integrados por grupos domésticos que ocupan y usufructúan un determinado espacio geográfico (Sanoja y Vargas, 1999a).

Si las culturas se enriquecen al entrar en contacto con otras, los cambios y adelantos se desarrollan en el interior de los grupos mismos, después de adaptar a sus propias necesidades ideas y recursos materiales llegados del exterior. Y a través del mar Caribe, desde hacia varios miles de años (Veloz, 1992) se había configurado una región cultural donde las migraciones, los viajes —encuentros fortuitos en muchos casos— y la adaptación a un medio ambiente parecido, favorecieron los influjos entre los diferentes grupos humanos que la habitaban.

Como afirmaba Carl O. Sauer en los años ochenta —demostrado en la actualidad por los más recientes estudios arqueológicos llevados a cabo durante la década de los noventa en toda la región—, la

Precipitación anual en el Caribe



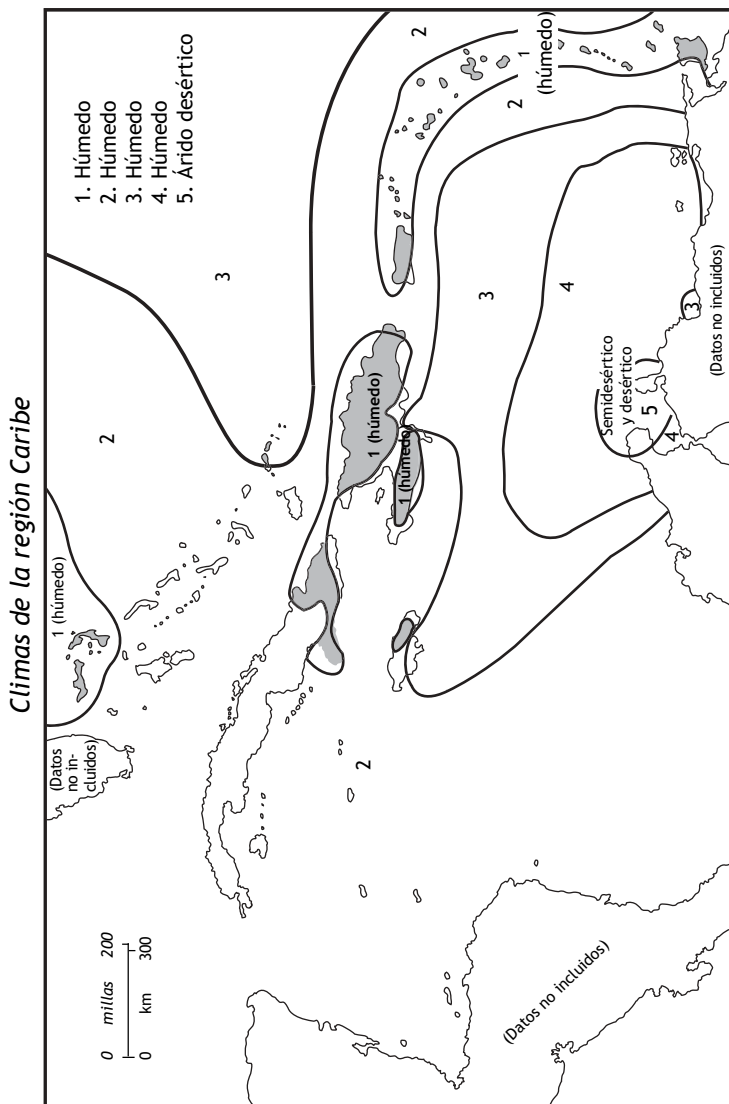
Fuente: Watt (1992).

población natural y autóctona que habitaba el Caribe era sudamericana, étnica y culturalmente (Sanoja y Vargas, 1999a). El arco oriental del Caribe, al que llegaron Cristóbal Colón y sus compañeros de viaje por el océano Atlántico, estaba dominado por dos pueblos principales que, desde el punto de vista lingüístico —pues sus culturas materiales eran semejantes en términos generales—, se dividían en dos subgrupos: los que hablaban caribe y los que hablaban arawako, y su historia se había originado en principio en las selvas tropicales de las tierras bajas del trópico sudamericano. Ambos son comunes en el norte y nordeste de Sudamérica (Brotherson, 1997). En el momento del primer contacto europeo, todas las zonas del Caribe, salvo pequeñas áreas habitadas por poblaciones de mesoindios en lugares alejados e inaccesibles, estaban ocupadas por pueblos con una condición cultural y técnica más avanzada, familiarizados con la agricultura; hacían cerámicas de variados diseños, eran marineros excepcionalmente diestros y, en 1492, presentaban un conjunto bien equilibrado de rasgos culturales sudamericanos (Watt, 1992; Helms, 1990).

Los pueblos arawakos se habían expandido desde el continente a casi todas las islas habitables de las Antillas y habían aumentado demográficamente hasta convertirse en poblaciones numerosas. A ellos, en una segunda oleada, les siguieron los caribes —última migración conocida por los pueblos originarios de la región antes de la llegada de los españoles— que se habían extendido por la mayor parte de las Antillas Menores, al parecer pocas generaciones antes del descubrimiento (Helms, 1990).

Estas culturas conocieron y dominaron casi todo el litoral del Caribe, a excepción de las costas centroamericanas. Desde Panamá se hablaban lenguas de origen e influjos chibchas, por lo que estos grupos humanos estaban en mayor grado emparentados con los de la sierra norte colombiana. Pueblos con un grado de civilización menos complejo, aunque también de habla e influencias chibcha, ocupaban las tierras caribes de Centroamérica hasta la actual Honduras (Reichel, 1997; Sanoja y Vargas, 1999b; Tovar Pinzón, 1980).³

³ Desde Panamá hasta Nicaragua, se depende del golfo del Darién y del Istmo de Panamá, el "lugar de los pescadores", que sirvió de puerta de acceso al



Fuente: Watt (1992).

Al norte de las Grandes Antillas, el estrecho de la Florida formaba una barrera étnica muy clara entre el sur y Norteamérica. En Centroamérica se dio una separación cultural entre los pueblos aborígenes caribes y mesoamericanos, que nos permite establecer una línea imaginaria desde el golfo de Honduras (el cabo Camarón), corriendo hacia el sur-sudeste hasta la costa más occidental de Panamá, aunque parece que la frontera de influjo cultural sudamericana se hallaba en una etapa de retroceso y disolución frente a la influencia de rasgos culturales de los pueblos mesoamericanos (Uribe, 1999).

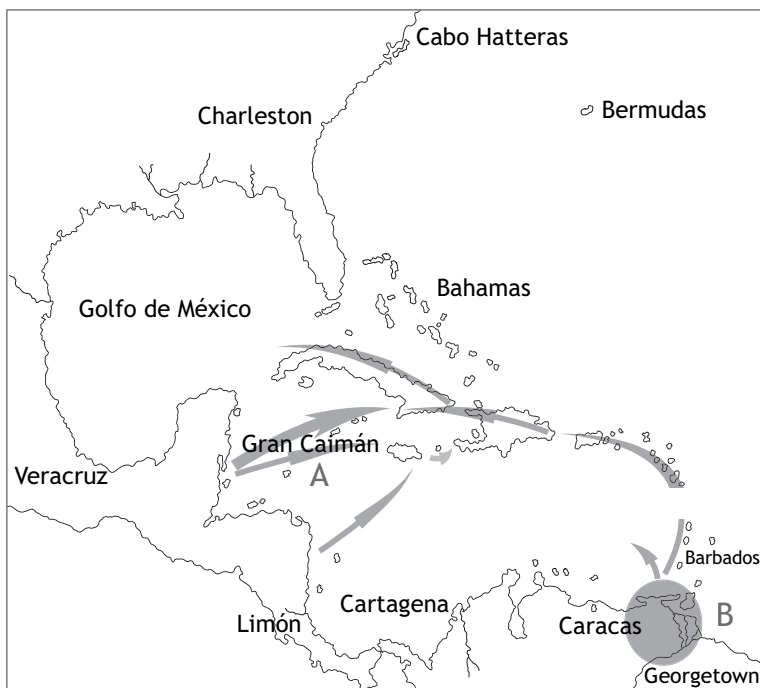
En general, las sociedades antillanas y de las costas continentales manejaban con propiedad y conocimiento su medio ambiente. Se trataba de navegantes (Robiou, 1993; Watt, 1992) que mantenían cierto contacto y, en ocasiones, llegaban a intercambiar objetos en lugares determinados de la región, todo ello facilitado por el desarrollo de actividades como la pesca en alta mar, que les permitió saber de la existencia de otros pueblos (Watt, 1992).⁴ En realidad, debemos hacer hincapié en que fueron acercamientos esporádicos, en ocasiones fortuitos, que sucedieron entre hombres que habitaban un mismo medio, pero que no llegaron a estar organizados regularmente bajo relaciones sistemáticas de intercambios; al menos hoy en día eso no ha sido demostrado por los arqueólogos que trabajan la región, y parece muy difícil imaginarlo.

Si atendemos a los testimonios que nos ofrecen las fuentes españolas en sus primeros contactos, las filiaciones étnicas de la costa colombiana (y también las venezolanas) son más confusas, aunque los últimos avances y conclusiones a las que ha llegado un grupo de investigadores venezolanos manifiestan que la región geohistórica del noroeste de Venezuela —unida de forma natural a la península de la Guajira— fue, durante el periodo precolonial,

Pacífico y a los imperios del Perú mucho antes de que llegaran Balboa y Pizarro. Perteneció inicialmente a los orfebres chibchas, cultura que creó un exquisito léxico sobre el oro en Tairona y Sinú, sobre las áreas de influencia cultural de las sociedades prehispánicas de los Andes septentrionales.

⁴ En las sociedades agrícolas de la isla de Cuba hay evidencias de influencias norcolombianas: algunos dioses alados o murciélagos representados en colgantes planos son similares a los del área de Santa Marta.

Migraciones en el Caribe Poblamiento prehispánico



Fuente: Veloz Maggiolo (1999).

un sitio de confluencia de diversas poblaciones aborígenes de Sudamérica, al mismo tiempo que el asiento de poblaciones milenarias relacionadas con los primeros inmigrantes que llegaron al continente sudamericano. Creemos que este punto de vista puede aplicarse a la costa colombiana (Sanoja y Vargas, 1999a; Izard, 1987). De cualquier forma, los nativos de estas tierras nunca fueron bien descritos, pues, salvo en determinados lugares —bancos perlíferos y bahías seguras para la navegación, entre otros—, estas costas no despertaron un interés de colonización en los invasores castellanos: al ser hostiles los indígenas simplemente se les denominó *caribe*.

Encontramos la máxima confusión en el litoral de la actual Colombia. Para los españoles, caribes eran los indígenas que comían carne humana, costumbre cuya existencia no se ha comprobado en este lugar de la costa (Gordon, 1987; Herrera, 1996).⁵ También el uso de flechas envenenadas era considerado característico de estos pueblos. Los llamados caribes de Colombia son, pues, dudosos y no se identificó la lengua que hablaban. Lo que sí puede afirmarse, según Gerardo Reichel Dolmatoff, es que en las tierras bajas de la costa colombiana siempre se habían presentado condiciones climáticas similares y un sistema económico generalizado, que se basaba en recursos ribereños, lacustres y marítimos. La adaptación a ambientes específicos llevó a la diversificación y al advenimiento de culturas locales que, aunque a veces ocupaban valles vecinos, se diferenciaban en su ámbito y contenido. Aparentemente aquí no hubo *estilos-horizontes* comparables a los Andes centrales, sino más bien una marcada variedad debida al aislamiento geográfico y cultural, así como a las diferentes maneras como las personas confrontaban su medio ambiente local (Warwick, 1991).

Hoy en día los avances en investigaciones arqueológicas señalan que en las bahías y las islas costaneras, entre la desembocadura del Magdalena y el golfo de Uraba, agrupaciones de agricultores y pescadores habían establecido un gran número de pequeñas aldeas y campamentos, muchos de ellos sobre dunas y lomas arenosas del litoral. La cultura material asociada a estos lugares está ejemplificada por el sitio arqueológico de Crespo, cerca de Cartagena. En lugares como éste existen relaciones tipológicas con los complejos culturales del Bajo Magdalena y, eventualmente, con culturas de la costa venezolana y Panamá (Reichel, 1998).

⁵ Sobre la investigación de las culturas prehispánicas de la zona costera del Caribe colombiano existen algunas obras, aunque centradas en el área del río Sinú, pero aún queda mucho por hacer; sería importante conocer con mayor profundidad ese periodo histórico, porque esto nos permitiría mejorar cualitativamente la interpretación de las fuentes de información colonial correspondiente a los siglos XVI y XVII, y aprender sobre temas tan cruciales para la Colonia como la influencia de la organización espacial indígena en el ordenamiento colonial, el conocimiento del medio, el aprendizaje del uso de recursos naturales desconocidos por los españoles, entre otros.

Hacia la otra orilla del Magdalena floreció uno de los complejos culturales más destacados de la región: los taironas, de la Sierra Nevada de Santa Marta, una gran agrupación de aldeas de habla chibcha, cuyo avance cultural fue notable, y que alcanzó una etapa de desarrollo cercana a una nascente organización estatal. Fue una federación de aldeas sometidas bajo la autoridad de jefes que desempeñaban funciones políticas, administrativas y religiosas. A comienzos del siglo XVI muchas poblaciones de los taironas se habían aglutinado en dos centros urbanos importantes y de este modo comenzaban a formarse dos federaciones, dos pequeños *Estados* incipientes y antagónicos. Un centro en Bonda, situado en la parte plana, cerca de la actual Santa Marta, y el otro era Pocigüeica, en las faldas abruptas de la sierra. La base principal de subsistencia la constituían los grandes cultivos de maíz, pero también se sembraba la yuca, el auyama, frijoles y numerosos árboles frutales. Una fuente importante de alimentos era el mar, y en algunas regiones se practicaba la apicultura en gran escala. Una hipótesis arqueológica sostiene que el origen de los pueblos taironas es centroamericano, y que llegaron a las costas de Santa Marta por mar, puesto que no hay indicios de una migración por tierra. A este respecto son de sumo interés las tradiciones de los indios kogi de la sierra, tribu actual que se identifica con los antiguos taironas y que afirma que sus antepasados vinieron por vía marítima hace 52 generaciones, huyendo de un país amenazado por erupciones volcánicas, a lo que hay que añadir que la actual cultura de los kogi tiene muchos elementos ideológicos que hacen pensar más en un origen mesoamericano de carácter mayoide (Reichel, 1998).

Los auténticos caribes diferían de los grupos arawakos y chibchas en su organización política: los dos últimos se asemejaban a una especie de sociedad de clases, en la cual la posición social era generalmente por línea hereditaria: constituían *Estados* regidos por gobernantes hereditarios que los españoles denominaron caciques —adoptando el término empleado entre los arawakos de las islas—; cacicazgos y señoríos son categorías de sociedad indígena que se caracterizaban por una combinación de rasgos, sobre todo sociopolíticos y económicos, es decir, una unidad política autónoma que abarcaba varias aldeas o comunidades bajo

el control permanente de un jefe supremo, etapa de desarrollo cultural que con frecuencia forma parte de una transición entre la sociedad tribal y la estatal, como ya mencionamos en el caso de los taironas. Los cacicazgos constituyeron un fenómeno frecuente en la evolución de Colombia (Sanoja y Vargas, 1999b),⁶ Venezuela y Centroamérica, y muchos habían florecido en el siglo de conquista española (siglo xvi) (Reichel, 1997). A diferencia de ello, los pueblos caribes no tenían aristocracia alguna de este tipo. Los primeros españoles que llegaron a la región pronto observaron que el control o la eliminación de caciques dejaba a la población autóctona a merced de nuevos amos (Sauer, 1984).

La economía aborigen era la misma en toda el área del Caribe: pueblos agricultores y pescadores tropicales. El cultivo principal eran raíces ricas en almidones; plantas de antigua domesticación en Tierra Firme (Sanoja y Vargas, 1999a). Los granos —principalmente el maíz, aunque también otros— eran de menor importancia en las islas, mientras que en el litoral continental su peso iba en aumento hacia Centroamérica, lugar señalado por los arqueólogos como el de origen y difusión. La pesca, tanto en los ríos como en el mar, proporcionaba abundantes alimentos, especialmente en las zonas de manglares, donde se podía encontrar gran cantidad de recursos alimenticios marinos. En todas partes los aborígenes eran hábiles fabricantes de canoas —palabra de origen arawako adoptada por los españoles—, habituados a viajar en ellas, hasta el punto de haber llegado a ocupar las más remotas regiones del Caribe, partiendo de sus primeros sitios de residencia en Tierra Firme (Sauer, 1984; Pérez, 1992).

Las más septentrionales de las Antillas estaban pobladas —con excepciones— por aborígenes que hablaban una misma lengua, obtenían sus medios de subsistencia del mismo modo, habitaban casas similares, tenían la misma organización social y, en su mayoría, el mismo origen étnico. Un pueblo con una civilización única ocupaba las Antillas Mayores. Se trataba de los

⁶ El carácter jerarquizado de estas comunidades indígenas costeras de la actual Colombia se pone de relieve en el tratamiento diferencial que se daba a los muertos, algunos de los cuales estaban asociados a ricas ofrendas en alfarería y orfebrería, y por el grado de organización de la fuerza de trabajo necesaria para construir, mantener y poner en servicio los extensos campos elevados de cultivo.

arawakos del norte, separados de los arawakos de Sudamérica por los caribes de las Antillas Menores (Sauer, 1984; Pichardo, 1956; Deagan, 1988).

Partiendo de la idea de que las regiones son, desde nuestra mirada de historiadores, espacios humanizados singulares que son modificados y se reestructuran mediante la vida humana (Campi, 1990), y haciendo hincapié en que una región es un territorio preciso pero no inmutable, retomamos la llegada de los españoles a este espacio, a finales del siglo xv.

El primer contacto se dio en las Antillas hacia el año 1500, pero en poco tiempo se hizo evidente que al sur de las islas había un territorio de proporciones continentales que durante algún tiempo no tuvo nombre definido, nombrándose sólo partes específicas, hasta ser reconocido como Tierra Firme. Cuando se implantó más tarde la nueva organización política colonial, el nombre propio oficial de la costa meridional del Caribe, desde la península de Paria hasta Centroamérica, fue la conocida Tierra Firme: *Islas* eran las Antillas y *Tierrafirme*, el litoral meridional del Caribe.

Pronto los españoles descubrieron que la región bañada por el mar Caribe era una área con similitudes culturales: el estilo disperso de las poblaciones, la utilización de ciertos recursos naturales, hábitos alimenticios, las formas de organización social, etcétera (Ramos Gómez, 1992).

Algunas noticias coincidentes en las descripciones de los invasores nos inducen a pensar en determinadas similitudes, contactos e influencias sociolingüísticas entre los distintos pueblos de la región; de las islas al continente y viceversa. Las afinidades culturales entre los grupos de población que habitaban toda el área circuncaribe se hicieron evidentes a los ojos de los nuevos protagonistas de la historia de la región, y aunque no fueran conscientes de ello, sus testimonios así lo demuestran.

Ya desde la época de Colón, se originó la distinción entre indios buenos y malos. A estos últimos, al parecer procedentes de unas islas situadas al sur, se les llamó caribes o caníbales. Esta propuesta pronto fue atendida por los españoles. La maquiavélica distinción, desde nuestra perspectiva, obedecía fundamentalmente a la posibilidad de haber encontrado una extraordinaria fuente de beneficios: el comercio de esclavos. Éste fue una de las principales

actividades de los españoles que se instalaron en la región durante los primeros años de explotación de los recursos auríferos de las Antillas (Mira, 1997; Deive, 1995), aunque lo interesante aquí es resaltar la presencia de frecuentes navegaciones indígenas por un mar familiar que formaba parte de sus vidas y que surcaban con seguridad y conocimiento desde mucho tiempo antes de la llegada de los pueblos íberos.

En el segundo viaje de Colón, en el año 1493, los barcos se detuvieron en las islas que actualmente corresponden a Guadalupe y Santa Cruz (Saint Croix), donde se produjo un choque violento con los caribes. Como resultado se consiguió liberar a algunas mujeres arawacas prisioneras, quienes más tarde mostraron a los españoles la ruta directa hasta la Española, bordeando la costa de Puerto Rico; ello evidencia que esas mujeres poseían buen conocimiento de la geografía de las islas y de la navegación entre ellas (Sauer, 1984).

Del mismo modo, Hernando Colón, como cronista y testigo directo en las costas del caribe centroamericano, describió en el cuarto viaje de su padre una imponente canoa de origen maya que recorría esta región:

una canoa tan larga como una galera, de ocho pies de anchura, toda de un solo tronco [...] tenía en medio un toldo hecho de palma, no distinto del que llevan en Venecia las Góndolas, el cual defendía lo que estaba de tal modo que ni la lluvia ni el agua podían mojar nada de lo que iba dentro. Bajo aquel toldo estaban los niños, las mujeres, y todo el bagaje y las mercancías. Los hombres que llevaban la canoa, eran veinticinco no tuvieron ánimo para defenderse de los bateles que les persiguieron [...] se mandó sacar de la canoa lo que le pareció ser de mayor vista y precio, como algunas mantas y camisetas de algodón sin mangas, labradas y pintadas con diferentes colores y labores [...] espadas de maderas largas [...] hachuelas para cortar leña, semejante a la que utilizaban los demás indios salvo que eran de buen cobre [...] y por vituallas llevaban raíces y grano y cierto vino hecho de maíz [...] y muchas de aquellas almendras que tienen por monedas...⁷

⁷ Extrajimos el texto de Hernando Colón del libro de Sauer, donde el autor menciona que Pedro Mártir lo describe en sus escritos.

Parece que ésta fue la primera alusión directa, por parte de los europeos, a lo que podía ser un comercio indígena extenso y complejo, centrado en este caso entre México y el golfo de Honduras, aunque nos referimos a una actividad de la alta civilización maya, por lo que no puede afirmarse que este tipo de viajes fuese realizado por los otros pueblos del Caribe. La descripción nos muestra un barco con capacidad de navegación, complejidad técnica y una importante disposición para el almacenaje de productos; embarcaciones dedicadas al intercambio de todo tipo de productos, que hacían singladuras por las costas centroamericanas y que cuando fueron abordadas por los bateles españoles no hubo resistencia agresiva, por lo que entendemos que eran expediciones comerciales sin ánimo de violencia. Así, en el Caribe centroamericano parece que existió algún tipo de relación de intercambios de diferentes artículos con lo que en un futuro próximo sería la Nueva España —la presencia del cacao como moneda lo demuestra—, y donde parece haberse desarrollado una navegación que unía de tiempo en tiempo determinadas zonas de estos territorios.

Del mismo modo que Hernando Colón, Pascual de Andagoya mencionaba a los *chuchures* de lengua extraña, quienes llegaron en canoa desde Honduras y murieron por efecto del clima, y comenta que en la segunda fundación de Nombre de Dios todavía quedaban unos cuantos. En este sentido, es posible, según Sauer, que el mencionado conquistador haga referencia a otro u otros indicios de navegaciones mayas a lo largo del Istmo (Brotherston, 1997).⁸ El padre Bartolomé de Las Casas describió a su vez la presencia de un pan de cera de abeja en Cuba que debió haber llegado de Yucatán.

La arqueología cubana ha descubierto ocasionalmente fragmentos de cerámica maya, y es razonable suponer, por otra parte, que los isleños, quienes surcaban con libertad los mares y conocían

⁸ El principal relato de los cunas, *Tatkan ikala*, se inicia con la creación y las hazañas de héroes épicos (neles) dados a luz en bandejas de oro, como las que se producían en grandes cantidades en Panamá y se exportaban hasta las ciudades mayas de Chichén Itzá, en el norte de Yucatán.

los indicios de tierras —por ejemplo, las poblaciones aborígenes, tanto de las costas continentales, como de las Antillas, debieron conocer perfectamente los vuelos estacionales de las aves terrestres de las islas al continente— llegaran también a Yucatán (Domínguez *et al.*, 1994).

Los habitantes de las islas estaban capacitados para viajar por su mar, así lo demuestra el hecho de que iban y venían entre Jamaica y Barbados, por ejemplo (Sauer, 1984). El cronista de las expedición de Cortés en México, Bernal Díaz del Castillo, en su viaje desde la isla de Cuba a las costas continentales de Yucatán (cabo Catoche) describía lo siguiente: "Diez canoas muy grandes, que se dicen piraguas, llenas de indios naturales de aquella población, y venían a remo y a vela".

De esta manera, el uso de las velas en la navegación indígena nos hace concluir que empleaban técnicas complejas en la construcción de sus barcos y que poseían un buen conocimiento del movimiento de vientos y corrientes, lo que permitió la práctica usual de ciertas travesías marítimas, y con ellas la posibilidad de alguna forma de intercambio, desde luego no con el sentido económico que los españoles en su proceso de *occidentalización* impusieron en América (Gruzinski, 1999); se trataría con toda probabilidad de encuentros esporádicos, irregulares, pero parece evidente que sucedieron.

Entendemos, según estos testimonios de los primeros españoles que arribaron a la región, que el mar Caribe era un lugar donde a lo largo de la historia se habían producido intercambios culturales gracias a las navegaciones. Objetos, técnicas y determinados conocimientos circulaban entre el continente y las islas, donde se había constituido un espacio singular resultado tanto de una naturaleza concreta, compartida por todos, como de las culturas allí desarrolladas producto de la misma (Guerrero y Veloz, 1992).

Respecto a las costas de la actual Colombia, los cacicazgos existentes en su base económica, a finales del siglo xv, habían alcanzado un nivel tan eficiente que permitían una acumulación de excedentes que bien pudieron utilizarse para algún tipo de intercambio, además de servir de recompensa de servicios en caso de guerra (Plazas, 1993; Reichel, 1997) y, de esta manera, mantener esa relación con el Caribe y su región.

UNA IRRUPCIÓN QUE LO ALTERÓ TODO

En tan sólo ocho años de presencia de los navegantes españoles en la zona, se empezó a tener un conocimiento notable del mar que la bañaba. A comienzos del siglo XVI, el trazado de mapas de los nuevos descubrimientos progresó con rapidez. Los pilotos de las naos, utilizando los instrumentos técnicos de la época —brújulas, astrolabios, ballestillas, portulanos, cuadrantes, entre otros— (Céspedes, 1983), registraron y designaron con minuciosidad los contornos e islas de las costas recién conocidas. La conformación de la costa occidental del mar Atlántico apareció por primera vez en el año 1500 en el mapa del piloto y navegante Juan de la Cosa, donde se representó nítidamente a las Antillas y a los bordes continentales de Tierra Firme, es decir, las costas de la actual Venezuela y Colombia. Y al oeste de las islas, un gran golfo difuso y enmascarado, primer atisbo de un mar tropical cerrado, lo que no tenía relación con un descubrimiento previo de América Central: los marinos ibéricos sabían que las mareas constituían características del mar abierto y habían observado que era escasa su variación dentro de la cadena de islas (Céspedes, 1983).

Una vez desembarcado Colón, el oro y la obtención de riquezas obsesionaron a los castellanos: dirigieron las exploraciones y dominaron sus acciones y comportamientos. El intento inicial de colonización española, que persiguió trasplantar el modelo agrario proveniente de la península, fracasó: en las islas nadie quiso trabajar la tierra “aun los labradores que venían asoldados para cavar y labrar la tierra y sacar el oro de las minas (se dedicaban) a haraganear y andar el lomo enhiesto, comiendo los sudores de los indios” (de Las Casas, 1875-1876; Milhou, 1974); la mayoría de la actividad económica derivó hacia un modelo minero extractivo.

Desde 1499 la Corona intentó participar de forma directa de las posibilidades económicas que ofrecían las *Indias*, debido a las expectativas levantadas en la península ibérica, y decidió otorgar licencias a expediciones independientes para salir de España a descubrir y comerciar (Fernández Navarrete, 1954; Moya, 1987), acabando de esta manera con el rígido monopolio colombino. Sencillamente, los monarcas reasumieron su libertad de acción

en ultramar, había muchos intereses en juego y muchas expectativas de conseguir riquezas. Pronto se inauguró una era de viajes comerciales que marcó el comienzo de la economía privada del Nuevo Mundo y que llevó aparejada la tarea de explorar ese espacio.

Todos los establecimientos y actividades entre 1499 y 1517 se convirtieron en colonias de explotación rígidamente especializadas en la producción de oro (Céspedes, 1972). La irrupción española en el Caribe tuvo una causa principal: la posibilidad de extraer riquezas. De este modo los años insulares iniciales estuvieron basados en la incautación directa de los excedentes de metales, perlas y piedras preciosas.

El primer establecimiento español en el Caribe fue en la isla de Santo Domingo, llamada La Española, concebido al estilo de las factorías comerciales portuguesas de la costa occidental africana, modelo procedente a su vez de la tradición comercial mediterránea y que se extendería en años posteriores en los asentamientos que se implantaron por toda la región Caribe.

Las factorías eran pequeños establecimientos comerciales para rescatar productos con las poblaciones naturales de las tierras recién descubiertas. Las primeras que surgieron en el Caribe insular se desarrollaron entre el descubrimiento del oro aluvial, de los bancos perlíferos y de un provechoso, aunque modesto, rescate o trueque de mercancías con los nativos de Tierra Firme (Ramos, 1981a; Parry, 1964).

Como consecuencia de la presencia y actividad castellana en el mar Caribe se produjeron dos fenómenos que modificaron bruscamente la fisonomía de la región indígena.

El primero, la explotación aurífera de Santo Domingo, y luego, del resto de las Antillas, llevada a cabo mediante la compulsión violenta del trabajo de los naturales, que trajo como una de sus más relevantes consecuencias la desarticulación de las sociedades indígenas de las islas y, posteriormente, del resto de la región, hasta desaparecer una importante proporción de ellas en tan sólo un cuarto de siglo (Sánchez Albornoz, 1977). Una vez que pasó el primer momento de explotación de los recursos propios, en La Española, mediante los excedentes generados y obtenidos de la misma, se buscaron otros lugares de inversión para los capitales extraídos, destinándose parte de ellos a financiar la expansión

por las demás Antillas, Puerto Rico, Cuba, Jamaica, etcétera, y también por las costas de Tierra Firme. De esta forma se extendió la presencia española por todo el Caribe, motivando una época de viajes que ampliaron de manera rápida el conocimiento de la región y, posteriormente, su dominación y control definitivo.

En segundo lugar, las expectativas de estas continuas exploraciones hicieron más constantes las conexiones de la península ibérica con el *nuevo* mar descubierto. Así, el espacio regional quedó conectado a la economía atlántica, por lo que sufrió una modificación y reestructuración profunda a través de la actividad humana de los nuevos visitantes. Desde este momento la región dejó de formar parte de un continente aislado y se convirtió en el lugar de conexión y encuentro de América con el *viejo mundo*. Esto supuso una profunda ruptura temporal en el curso histórico de la zona, que llevó aparejada una violenta aceleración en el proceso de intercambios culturales en sólo unas décadas.

Así, la relación del hombre con la naturaleza cambió de forma brusca en toda la región. Hasta el encuentro de los dos mundos, las sociedades originarias del Caribe habían procurado identificarse con la tierra, hacer que sus pueblos fueran una prolongación de la misma, que todo en sus vidas imitara el orden natural, por lo que limitaron sus actividades de transformación a lo indispensable para la supervivencia. Con la llegada de los españoles se construyó un mundo diferente, en conflicto con la tierra, poseído por la voluntad de saqueo y dominación.

Los mitos del Meta y de El Dorado tuvieron gran importancia en la geohistoria de la invasión de Tierra Firme. Fueron muchos los viajes expedicionarios, en función del imaginario y la avidez desencadenada por la fiebre del oro, que enriquecieron la aventura humana en territorios que hoy corresponden a Colombia y Venezuela (Ramos, 1981b).

Las palabras del padre Bartolomé de Las Casas describen perfectamente, como testigo y observador privilegiado de la época, el espíritu y las motivaciones que embargaron a aquellos hombres, y cómo se desarrollaron los acontecimientos que llevaron a estos marinos a explorar los extensos y desconocidos bordes continentales del mar Caribe. El texto seleccionado relata el arribo

de las naves del grupo del marino Rodrigo de Bastidas a Santo Domingo, después de una expedición de dos años por las costas de Tierra Firme entre 1500 y 1502:

En este año de 1500, como cada día creciese la nueva de que la Tierra firme tenía oro y perlas, y los que iban por la costa della, por rescate de cosillas de poco valor, como cuentas verdes y azules, y otros colores, y espejuelos y cascabeles, cuchillos y tijeras, etc., traían mucho provecho, y por poco que fuese, según entonces estaba España pobre en dinero, era tenido por mucho, y hacíase mucho con ello, y así crecía el ansia de ser rico en los nuestros, y hacía perder el miedo a navegar mares tan profundos y de tan luenga distancia, nunca jamás navegada, mayormente vecinos de Triana, que por la mayor parte todos son marineros [...] un Rodrigo de Bastidas, vecino de Triana [...] determinó armar dos navíos e ir a descubrir, juntamente con rescatar oro y perlas que era de todos el fin principal [...] [De Venezuela] navegaron la costa abajo, y pasaron por la ribera de la mar, de lo que nombramos al presente Santa Marta y Cartagena, y lo demás que es hasta la culata o ensenada que el golfo de Urabá [...] Decíase que traían dos o tres arcas de piezas de oro, que entonces se tenían por riqueza grande, y nunca tanta imaginada [de Las Casas, 1875-1876].

El primer acercamiento a Tierra Firme fue por la zona poco después conocida como la costa de las Perlas, desde Paria hasta el Cabo de Vela, en la Guajira. Estas expediciones fueron directamente al citado litoral y desde allí bordearon las sucesivas playas hasta la península de Araya donde, por casualidad, según se desprende de las fuentes analizadas, descubrieron el comienzo de la costa de las Perlas, desde el estrecho entre la costa y la isla Margarita hacia Cumaná, llegando hasta el cabo de Vela. Así se continuó avanzando por las costas, durante meses, con un comercio ventajoso (Ramos, 1981a).

En primera instancia, el éxito de estas expediciones fue comercial debido, fundamentalmente, al trueque de las perlas y no a la localización de los bancos perlíferos. La información obtenida de estos viajes abrió nuevas y prometedoras posibilidades, así que se empezaron a obtener otros productos: palo de Brasil, cañafístula y, sobre todo, esclavos indígenas.

La necesidad de aumentar el rendimiento y explotación de las minas aluviales auríferas de las islas demandó con rapidez abundante mano de obra. Las poblaciones antillanas, sometidas a trabajos abusivos, mal alimentadas y expuestas a enfermedades desconocidas, pronto disminuyeron alarmantemente (Crosby, 1988).

Desde el inicio del proceso de extracción del oro, las pequeñas islas y las costas de Tierra Firme empezaron a proporcionar trabajadores forzados para la Grandes Antillas (Mira, 1997). El comercio se transformó en saqueo. Como ejemplo se encuentran las expediciones de la familia trianera de los Guerra. Ellos no parecían estar interesados ni en la exploración ni en la colonización; fue el rescate lo que les llevó al comercio de pillaje y a la caza de esclavos, asolando a placer las costas de Tierra Firme (Vigneras, 1957; Tovar Pinzón, 1997). No resulta difícil entender cómo se fueron dilatando las navegaciones con estas actividades hasta las costas de Cartagena y el golfo de Urabá (Mantilla, 1946; Friede, 1955-1960).

Las noticias de estos viajes y sus posibilidades pronto despertaron un fuerte interés en la península. Se estableció así una sólida organización, formalizada en el año 1503 con la Casa de Contratación, que controlaba los negocios y la administración de las Indias con el objetivo claro y único de aumentar los ingresos de ultramar para la Corona (Sauer, 1984; Sánchez Bella, 1968; Ots Capdequi, 1975). A partir de este año se abrió la posibilidad de obtener licencias para descubrir y gobernar todo el espacio Caribe, que se empezaba a conocer como un lugar donde se había desarrollado una atractiva contingencia económica sobre la cual actuar. La Hacienda real padecía una necesidad de fondos crónica y en el Caribe se podían obtener en su forma más deseable: el oro.

Entre 1500 y 1501, en las riberas del Sinú y en el golfo de Urabá, Rodrigo de Bastidas y Juan de la Cosa encontraron cómo los aborígenes poseían piezas de oro en abundancia y calidad nunca antes vista. Juan de la Cosa, en su primer viaje por las costas de Tierra Firme, había oído decir a los indígenas que el oro se encontraba hacia el oeste (Sauer, 1984). En estas expediciones iniciales, cuya naturaleza no era más que comercial, ni se hallaron minas auríferas ni se buscaron. Lo cierto era que gran parte de los artículos que se rescataron eran de oro fino, en forma de collares,

canoas, trompetas, animales, etcétera,⁹ lo que estimuló las expediciones de rescate por este litoral. En el primer contacto con los indígenas, éstos se mostraron pacíficos y amistosos, al igual que había ocurrido con los habitantes de la costa de las Perlas, aunque el curso tranquilo de estos viajes contrasta con los acontecimientos que tuvieron lugar más tarde en el mismo litoral (Sauer, 1984).

El 30 de octubre de 1503, la reina Isabel concedió la autorización para capturar *caníbales* rebeldes. Sujetas a tales acciones punitivas se mencionaban la bahía de Cartagena, la isla de Barú, las islas de San Bernardo y la isla de Fuerte, supuestamente habitadas por indígenas caníbales que jamás admitirían ni escucharían a los capitanes (Fernández Navarrete, 1954).

Como afirma Carl O. Sauer, la provisión fue una carta blanca para futuras expediciones; cualquier capitán podía afirmar que los aborígenes eran caníbales y se resistían al cristianismo, lo que les legitimó a proceder de éstos como quisieron, y con lo que se aprobó la captura de esclavos americanos. Los resultados no se hicieron esperar, dejándonos una gran incertidumbre y confusión, hasta hoy, acerca de quiénes eran los nativos de la costa colombiana. La caza de esclavos se había iniciado con Guerra y Hojeda en la costa de Venezuela; ahora toda Tierra Firme estaba abierta a estas depredaciones (Otte, 1989).

La Corona sabía que la labor de evangelizar a los indígenas no era más que una excusa que justificaba las acciones de sus súbditos, y tal vez su conciencia, pues durante años se repitieron las denuncias de que los españoles no iban allí a adoctrinar sino a esclavizar a los aborígenes de esas tierras, consintiéndolo con descaro por los notorios ingresos que le proporcionaban las armadas de rescate (Marrero, 1972).¹⁰ En este sentido, en 1519 el teniente de gobernador de la isla de Cuba escribió a S. M. lo siguiente:

⁹ Lo que en la actualidad es atestiguado por las importantes colecciones que existen en los museos de oro de Colombia, destacando los de Santa Fé de Bogotá y Cartagena.

¹⁰ La Corona cobraba el quinto de todos los beneficios obtenidos en los rescates. A partir de 1536 ordenó que se cobrase también el almorjarifazgo de todos los indios esclavizados que se traían a las Grandes Antillas.

Que da lugar como hasta aquí se ha dado, a que algunas personas hagan armadas para ir a rescatar y descubrir por la Tierra Nueva, que él que ha descubierto se le hace muy notorio agravio como claramente parece porque su fin, de los tales españoles, no es pacificar, ni amansar a los indios, ni traerlos a nuestra fe. Y antes a robarlos y alborotarlos, porque desamparan sus haciendas como se ha visto por experiencia de dos navíos que con licencias de los padres Jerónimos, fueron de la isla de la Española a rescatar por las costas de Tierra Firme, que dejaron a los indios tan desabridos y aterrizados que han aborrecido el trato y la conversación de los cristianos que por allí ahora pasa [Mira, 1997].

Un excelente relato de una de estas expediciones de comienzos del siglo XVI, en concreto la de Juan de la Cosa, que se realizó entre 1504 y 1506, lo ofrece el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo en su *Historia general y natural de Indias*, donde censura al marino, que por entonces era asesor de la Casa de Contratación, de ser uno de esos descubridores que: "Con más razón se podrían [...] llamar alteradores y destruidores de la tierra, pues que su fin no era tanto servir a Dios, ni al Rey, como de robar" (Aguado, 1916-1917).¹¹

Juan de la Cosa entró al Caribe por la isla Margarita y Cumaná, cargó una cantidad de palo de Brasil de excelente calidad y prosiguió hacia Cartagena, donde se encontró con las naves del marino trianero Cristóbal Guerra, quien había sido muerto en una escaramuza con los indios turbacos y canapotes; sus hombres se hallaban enfermos, desalentados y sin un mando fuerte. Querían volver a España y Juan de la Cosa acordó con ellos que se llevaran su cargamento de maderas y a los esclavos que habían capturado en el camino. Para completar la carga atacó la isla de Codega, en la bahía de Cartagena, apresó a más de seiscientos indígenas, escogió a los que más le gustaban y entregó el resto a los patrones de las naves de la familia Guerra.

¹¹ No es el primero que es tratado y descrito por un cronista de esa manera. Fray Pedro de Aguado, hacia el año 1498, decía de Juan Ojeda en sus escritos que al parecer fue el primero que recorrió el litoral Caribe de la actual Colombia "que vivía de hurtar o rescatar esclavos indígenas".

El viaje de Juan de la Cosa se extendió por toda la costa de Tierra Firme, capturando esclavos por todo el camino hasta Cartagena, donde le habían precedido los Guerra, que encontraron allí su fin en una aventura esclavista, por lo demás insignificante. Los indígenas de los alrededores de Cartagena, asaltados primero por los Guerra y después por la expedición de Juan de la Cosa,¹² de ahora en adelante recibieron con fuerte hostilidad y rabia a los cristianos, razón por la que fueron señalados desde ese momento con el dudoso nombre de indios caribes (Sauer, 1984).

Cartagena de Indias se convirtió desde entonces en uno de los puertos más destacados de Tierra Firme; se conocía desde su descubrimiento por los marinos Rodrigo de Bastidas y Juan de la Cosa, y conservó su importancia durante todo el periodo de dominio español del Caribe.

Su nombre, que aparecía ya en la provisión de la reina contra los caníbales, declaraba su excelencia y su semejanza con el mejor puerto de España sobre el Mediterráneo. La ruta que tomaron los barcos de Alonso Hojeda y Diego de Nicuesa era la más corta y la más conveniente para los navíos procedentes de Santo Domingo; en invierno tenía la ventaja de los vientos del noroeste. Los barcos que iban directamente a Cartagena desde España seguían los vientos alisios todo el tiempo, como observa Herrera en su descripción de las rutas habituales de navegación (Fernández Navarrete, 1954); Cartagena era, además, el punto de partida para el viaje hacia las costas centroamericanas, ya fuera directamente, aprovechando los vientos alisios, ya fuera la costa hacia el sur, por zonas de vientos inciertos. Pronto se supo que era conveniente regresar a Cartagena desde el golfo del Darién, a fin de tener vientos y corrientes de través, para cruzar el Caribe hacia las islas del norte y proseguir hasta España (lo que después se convirtió en la ruta de las flotas).

¹² Que acabó pereciendo en uno de sus encuentros violentos con los indígenas turbacos.

La excelente calidad y la ubicación del puerto fueron conocidas por los marinos desde el principio y durante todo el periodo colonial,¹³ pero pasó una generación antes de que se instalara una población en ese lugar (Gómez Pérez, 1983).

E-mail: avidal@uninorte.edu.co

Artículo recibido el 15/08/03, aceptado 28/01/04

BIBLIOGRAFÍA

- Aguado, [fray] Pedro de
1916-1917 *Historia de Santa Marta y Nuevo Reino de Granada*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2 vols.
- Bell Lemus, Gustavo
1991 *De la Colonia a la República*, Bogotá, Fundación Gubereck.
- Brotherson, Gordon
1997 *La América indígena en su literatura: los libros del cuarto mundo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Campí, Daniel
1990 "Historia regional, ¿por qué?", Tucumán (mimeografiado).
- Céspedes del Castillo, Guillermo
1972 "Las Indias durante los siglos XVI y XVII", en Vicens Vives, coord., *Historia social y económica de España y América*, Barcelona, Vicens Vives.
1983 *América hispánica (1492-1898)*, Barcelona, Labor.
- Chaunu, Pierre
1973 *Conquista y explotación de los nuevos mundos (siglo XVI)*, Barcelona, Labor.
- Crosby, A. W.
1988 *Imperialismo ecológico: la expansión biológica de Europa 900-1900*, Barcelona, Alianza América.

¹³ Archivo General de Indias, Contaduría 145, R28. Contamos con el testimonio en 1570 de un capitán de los tercios españoles llamado Juan Díaz de Vallejera, que después de 27 años de servicios militares por toda Europa y el Mediterráneo, en un viaje de las flotas a Indias, en una nao de Tierra Firme, declaraba sobre el puerto "que era uno de los mejores del mundo".

Cunnil Grau, Pedro

- 1999 "La geohistoria", en Marcello Carmagnani, Alicia Hernández y Ruggiero Romano, *Para una historia de México I. Las estructuras*, El Colegio de México-Fideicomiso Historia de las Américas-Fondo de Cultura Económica.

Deagan, K. H.

- 1988 "The Archeology of Spanish contact period in the Caribbean", *Journal of World Prehistory*, vol. 2, núm. 2, pp. 187-233.

Deive, Carlos Esteban

- 1995 *La Española y la esclavitud del indio*, Santo Domingo, Fundación García Arévalo.

Domínguez, L., et al.

- 1994 "Las comunidades aborígenes de Cuba", en *Historia de Cuba*, La Habana, Editora Política, pp. 5-57.

Fernández Navarrete, Martín

- 1954 *Colección de los viajes y descubrimiento que hicieron por mar los españoles*, Madrid, Atlas [1825-1837].

Friede, Juan, comp.

- 1955-1960 *Documentos inéditos para la historia de Colombia*, Bogotá, Academia Colombiana de la Historia.

Gómez Pérez, C.

- 1983 *Pedro de Heredia y Cartagena de Indias*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos (CSIC).

Gordon, B. Le Roy

- 1987 *El Sinú, geografía humana y ecología*, Bogotá, Banco de la República.

Gruzinski, Serge

- 1999 "Las imágenes, los imaginarios y la occidentalización", en Marcello Carmagnani, Alicia Hernández y Ruggiero Romano, *Para una historia de las Américas I. Las estructuras*, El Colegio de México-Fideicomiso Historia de las Américas-Fondo de Cultura Económica.

Guerrero, J. G., y M. Veloz Maggiolo

- 1992 "Los inicios de la colonización en América", *La arqueología como Historia*, 177, San Pedro de Macorís, p. 35.

Helms, Mary W.

- 1990 "Los indios del Caribe y circuncaribe a finales del siglo xv", en Leslie Bethell, coord., *Historia de América Latina*, vol. 1, Barcelona, Crítica.

- Herrera, Marta
1996 *Poder local, poblamiento y ordenamiento territorial, Nueva Granada en el siglo XVIII*, Bogotá, Archivo General de la Nación.
- Izard, Manuel
1987 *Tierra Firme. Historia de Venezuela y Colombia*, Madrid, Alianza América.
- Las Casas, Bartolomé de
1875-1876 *Historia de las Indias 1520-1561*, Libro II, capítulo CLV, Madrid.
- Mantilla Tascón, Antonio
1946 "Los viajes de Julián Gutiérrez al golfo de Urabá", *Anuario de Estudios Americanos*, II, Sevilla, pp. 181-264.
- Marrero, Levi
1972 *Cuba, economía y sociedad*, Río Piedras.
- Milhou, Alain
1974 "Los intentos de repoblación de la isla Española por colonias de labradores (1518-1603). Razones de un fracaso", en *Actas del V Congreso Internacional de Hispanistas*, Burdeos.
- Mira Caballo, Esteban
1997 *El indio antillano: repartimiento, encomienda y esclavitud (1492-1542)*, Sevilla, Muñoz Moya.
- Moya Pons, Frank
1987 *Después de Colón: trabajo, sociedad y política en la economía del oro*, Madrid, Alianza América.
- Múnera Cavada, Alfonso
1998 *El fracaso de la nación. Región, raza y clase en el Caribe colombiano*, Bogotá, Ancora.
- Ots Capdequi, J. M.
1975 *El Estado español en las Indias*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Otte, Enrique
1989 "Los jerónimos y el tráfico humano en el Caribe: una rectificación", *Anuario de Estudios Americanos*, t. XXXII, Sevilla, pp. 187-204.
- Parry, J. H.
1964 *La época de los descubrimientos geográficos 1450-1620*, Madrid, Guadarrama.
1989 *El descubrimiento del mar*, Barcelona, Crítica.
1991 *The Discovery of the Sea*, Berkeley, California University Press.

- Pérez Herrero, Pedro
1992 *Comercio y mercado en América Latina colonial*, Madrid, Mapfre.
- Pichardo Moya, Felipe
1956 *Los aborígenes de las Antillas*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Plazas, Clemencia
1993 *La sociedad hidráulica Zenú. Estudio arqueológico de 2000 años de historia en las llanuras del Caribe colombiano*, Bogotá, Banco de la República.
- Ramos, Demetrio
1981a *Audacia, negocio y política en los viajes españoles de descubrimiento y rescate*, Valladolid, Casa Museo Colón.
1981b *El mito de El Dorado*, Madrid.
- Ramos Gómez, J. L.
1992 "Huellas de la relación mantenida por españoles e indios en la Isabela hasta la partida de Antonio Torres el 2 de febrero de 1494", *Revista Española de Antropología Americana*, núm. 22, Universidad Complutense de Madrid, pp. 221-241.
- Reichel Dolmatoff, Gerardo
1997 *Arqueología de Colombia*, Bogotá, Presidencia de la República.
1998 *Colombia indígena*, Bogotá, Banco de la República.
- Robiou Lamarche, Sebastian
1993 "La navegación indígena antillana", *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, año XIX, núm. 25, Santo Domingo.
- Sánchez Albornoz, Nicolás
1977 *La población en América Latina desde los tiempos precolombinos al año 2000*, Madrid, Alianza.
- Sánchez Bella, Ismael
1968 *La organización financiera de India*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos (CSIC).
1990 *La organización financiera de las Indias: siglo XVI*, México, Escuela Libre de Derecho.
- Sanoja Obediente, Mario
1981 *Los hombres de la yuca y el maíz*, Caracas, Monte Ávila.
1995-1997 "Regiones geohistóricas y modos de vida: fundamentos para la historia alternativa", *Boletín Antropológico Americano*, julio-diciembre.

Sanoja Obediente, Mario, e Iradia Vargas Arenas

1999a *Orígenes de Venezuela. Regiones geohistóricas aborígenes hasta 1500 d. C.*, Caracas, Comisión Presidencial V Centenario.

1999b "De tribus a señoríos en los Andes septentrionales", en *Historia de América andina. Vol. I. Las sociedades aborígenes*, Quito, Universidad Andina, pp. 200-221.

Sauer, Carl Ortwin

1984 *Descubrimiento y dominación española del Caribe*, México, Fondo de Cultura Económica.

Tovar, Rafael

1986 *El enfoque geohistórico*, Caracas, Universidad Nacional.

Tovar Pinzón, Hermes

1980 *La formación social chibcha*, Bogotá, Universidad Nacional.

1997 *La estación del miedo o la desolación dispersa*, Bogotá, Ariel.

Uribe, María Victoria

1999 "Las sociedades del norte de los Andes", en *Historia general de América Latina I. Las sociedades originarias*, vol. 1, París, UNESCO, pp. 315-342.

Veloz Maggiolo, Marcio

1992 "Notas sobre la Zamia en la prehistoria del Caribe", *Revista de Arqueología Americana*, México, núm. 6, pp. 125-138.

1999 "Las sociedades originarias del Caribe", en *Historia general de América Latina I. Las sociedades originarias*, vol. 1, París, UNESCO.

Vidal Ortega, Antonino

2002 *Cartagena de Indias y la región histórica del Caribe, 1580, 1640*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos (CSIC), Universidad de Sevilla.

Vigneras, L. H.

1957 "El viaje al Brasil de Alonso Vélez de Mendoza y Luis Guerra (1500-1501)", *Anuario de Estudios Americanos*, XIV, Sevilla, pp. 333-348.

Warwick, Bray

1991 "¿A dónde han ido los bosques? El hombre y el medio ambiente en la Colombia Prehispánica", *Boletín del Museo del Oro*, núm. 30, Bogotá, pp. 14-32.

Watt, David

1992 *Las Indias occidentales. Modalidades de desarrollo, cultura y cambio climático desde 1492*, Madrid, Alianza América.